

Forero, Ana María. 2017. *El coronel no tiene quien le escuche. Una aproximación antropológica a las narrativas militares*. Bogotá: Ediciones Uniandes, 150 pp.

Catalina González*

Universidad de los Andes, Colombia

El libro de la antropóloga Ana María Forero es una exploración seria y minuciosa de las narrativas oficiales por medio de las cuales la institución militar colombiana inventa su propia tradición (Hobsbawm y Ranger 1983). La autora acoge en su estudio una perspectiva antropológica que proviene de aproximaciones hermenéuticas en las ciencias sociales (Gadamer 1986; Geertz 1998; Rosaldo 2000). Siguiendo el hilo de la pregunta inicial: “¿Cómo los altos mandos militares inventan su tradición?” (p. 1), la autora afronta el desafío de mostrar una alteridad, la de la institución militar, ante la cual es difícil situarse como científica social. Así relata, en primera persona, su aproximación inicial: “no era ni una heroína de izquierda, ni una simpatizante de derecha. Mi interés era dar cuenta de cómo la institución ha entendido su misión, cómo construye su tradición, y quería hacerlo sin que mis (re)ubicaciones se pudieran reducir a ser una simpatizante o una opositora del Ejército Nacional” (p. 7).

Para lograr este difícil equilibrio, la autora toma la decisión formal de representar las narrativas del Ejército como una puesta en escena teatral (Goffman 2005), en la que ella misma se sitúa como un espectador, a veces crítico, a veces caritativo, de la narración que se presenta: “en la escritura decidí que lejos de resolver las tensiones explícitas en esas preguntas, las iba a privilegiar. Para ello decidí mimar una pieza de teatro [...] *El coronel no tiene quien le escuche* exhibe la tradición inventada por algunos oficiales, se ocupa de su manera de entender la historia de la institución, que en sus palabras está impregnada de heridas. Este texto expone también mi puesta en escena como investigadora, como público que asiente y disiente, que se ubica y reubica” (pp. 7-8).

El libro consta de seis apartes principales. Comienza con un Prólogo, en el que se describe sumariamente la función del Ejército colombiano durante la constante implementación de los “estados de sitio” en el siglo XX. El prólogo permite situarnos en el contexto de unas políticas gubernamentales que, al hacer uso permanente del estado de excepción, desfiguran la función del Ejército nacional y dan lugar a las

* Doctora en Filosofía de Emory University, EEUU. Profesora asociada al Departamento de Filosofía de la Universidad de los Andes. cgonzale@uniandes.edu.co

“heridas” de las que se quejan sus representantes: un ejército que se usa para apagar brotes de insurgencia y que pierde su vocación de defensa apolítica de la nación.

En segundo lugar, el aparte titulado “Escenario: La biblioteca Tomás Rueda Vargas” muestra la biblioteca de la institución como el escenario en el que se presentarán las narraciones militares, en el que se construye la identidad del soldado colombiano como un “hombre de armas y letras”, un digno heredero del talante de Bolívar, quien logró, “apacuar su naturaleza indómita con la razón” (p. 50).

Una vez el escenario queda dibujado, comienza la mímica de la obra teatral con el “Acto I: los mitos fundacionales”, sección en la que se recogen los hitos que construyen el origen de las Fuerzas Armadas colombianas en sus diferentes periodos históricos (la conquista, la colonia y la independencia). Aquí aparece uno de los aspectos, a mi modo de ver, más problemáticos en la construcción de identidad de las Fuerzas Armadas, a saber, el conflicto de la élite militar, que hereda una institución de raíz hispánica, con las tropas mayoritariamente mestizas. La premisa constante de que la raza mestiza, “defectuosa y perezosa, carente de disciplina” (p. 36), no permite el desarrollo profesional y ético de las Fuerzas Armadas se mantiene a lo largo de las narrativas oficiales como una de las principales dificultades que enfrenta la élite militar fundadora, de raza blanca y carácter ilustrado, para conformar una institución sólida.

2

■ En seguida, en el “Acto II: una historia de heridas” se exponen las frustraciones, heridas o derrotas del Ejército colombiano en diversos momentos de su historia. En este aparte se da cuenta de la fractura existente entre la institución, las élites políticas y la sociedad civil. Las Fuerzas Armadas se entienden como una institución incomprendida, utilizada con fines políticos y temida por la sociedad civil. Tal como lo resume el testimonio del general Puyana citado por la autora: “Las élites civiles no han sabido respetar las funciones de la institución y han querido servirse de ella como fuerza de partido o como fuerza apagafuegos, lo que ha terminado por generar distancia con la población civil” (p. 63). Estos testimonios se refieren principalmente a los diversos momentos históricos (la guerra de los mil días, la violencia partidista de los años 50 o la masacre de las bananeras) en los que las Fuerzas Armadas alegan haber sido utilizadas por el gobierno de turno para apacar conflictos internos, dividiendo a sus miembros, politizando sus actuaciones y haciendo caso omiso del mandato constitucional de 1886, que las determina como fuerza neutral y apolítica (p. 54). Los altos mandos entrevistados expresan allí su frustración, como en el siguiente testimonio de un coronel, cuyo nombre ha sido anonimizado: “la historia del Ejército es una historia triste, es una historia de heridas y de incomprensiones. Nadie ama al ejército, nadie entiende para qué sirve. Las cicatrices de mi cuerpo, las que tienen mis hombres, el hecho de que tantas veces me haya enfermado de malaria, todo eso no ha servido para nada: la guerra continúa, siempre hay más muertos, y el enemigo se ha vuelto más fuerte. Nadie nos respeta, nadie nos escucha” (p. 63).

En la sección titulada “Intermedio”, el registro etnográfico se hace explícito y aparecen diversas contradicciones observadas por la investigadora en su trabajo de campo:

líderes mestizos que se definen como blancos y se quejan de sus subalternos también mestizos; estudiantes ensalzados por los altos mandos que se burlan del ideal del hombre “de letras y de armas”; soldados rasos que expresan tímidamente su decepción con una institución que no les garantiza una jubilación decente después de haber arriesgado su vida; y todo esto en una biblioteca en la que nadie lee los tesoros custodiados de la historia militar del país. La autora confiesa en este aparte asistir a la ruptura de la promesa escenificada en las narrativas oficiales de la institución: “La promesa instaurada se quiebra. El escenario mismo se fisura: los personajes de los bastidores entran en tensión con las narrativas que los autores han puesto en escena” (p. 86).

Después de este breve intermedio la obra continúa con el “Acto III: Momentos de gloria”, en el cual se describen los momentos de la historia nacional en los que el Ejército considera haber desempeñado un papel ejemplar. Entre ellos están la guerra contra Perú, la guerra de Corea y el gobierno militar del general Rojas Pinilla. Estos momentos específicos muestran una institución militar que, libre de las presiones políticas partidistas y del rol que los gobiernos le asignan para sofocar conflictos internos, puede revelar su verdadero talante civilista y su función de defensa de las fronteras nacionales (p. 101).

En la última sección, “Acto IV: El enemigo nacional”, se advierte el modo como el Ejército nacional construye la identidad de sus enemigos armados, a saber, las guerrillas de las FARC, el M-19 y ELN. La autora observa cómo “en las narrativas de los hombres de armas y letras, las causas objetivas de la violencia se unen a la naturaleza imperfecta y violenta del colombiano que, desesperado, acude a grupos insurgentes para tratar de garantizar su sobrevivencia. Esta situación terminó por alimentar las nacientes guerrillas y por alejar al pueblo de sus verdaderos líderes (p. 108). De nuevo aparece en las narrativas el tópico de una raza violenta, la del colombiano mestizo, que no logra encauzar sus energías en el establecimiento de una institución armada sólida, sino que se fractura en diversas facciones violentas. A este diagnóstico desalentador, los testimonios de los altos oficiales le suman el de una serie de gobiernos administrativamente ineficientes que, incapaces de llevar las instituciones del Estado a las zonas pacificadas por el Ejército, permiten el surgimiento permanente de brotes de insurgencia. Dice al respecto la autora: “Los narradores recuerdan cómo, pese a las advertencias de los militares, el Gobierno no acudió a las zonas recuperadas que, una vez pacificadas, no contaron con la intervención de las instituciones civiles. En ese sentido, a principios de los años sesenta, según los autores militares, las élites civiles repetían su error: abandonaban al pueblo colombiano tras operaciones de pacificación. En otras palabras, el Ejército supo cumplir su misión: contuvo a los guerrilleros, devolvió la tranquilidad a los colombianos, pero el Gobierno les falló, los olvidó” (p. 112).

La conclusión del libro vuelve a señalar las tensiones halladas entre la puesta en escena de unas narrativas oficiales y observaciones o testimonios fragmentarios que las desestabilizan. Una vez más aparece la postura de la antropóloga, mostrando retazos de narrativas que se entrecruzan y ponen en cuestión la tradición inventada. En efecto, para la autora, el ejercicio antropológico no debe buscar solucionar dichas

contradicciones o tensiones, sino que más bien debe procurar exhibirlas y reconocerlas. De este modo, más allá de definir si las narrativas oficiales de las Fuerzas Armadas dan cuenta de una historia objetivamente válida, la etnografía propuesta por la autora busca mostrar a un “otro”, el Ejército nacional, que se entiende como actor herido, incomprendido y odiado, con un ideal cívico y moral permanentemente amenazado por actores externos, y en medio de una realidad nacional fuertemente marcada por la guerra: “La importancia de los eventos de la puesta en escena no depende de su verdad o falsedad, sino del hecho de que ofrecen, para quien entra a formar parte del ejército, el telón sobre el que se exhiben códigos morales, definiciones de enemigos y aliados” (p. 123).

Este libro constituye una aproximación antropológica cuidadosa y bien balanceada a una de las instituciones que ha tenido un rol determinante en la construcción de la historia nacional en el último siglo. El trabajo de Ana María Forero tiene, en mi opinión, dos méritos importantes: el primero es apostarle a una (meta)narrativa que, en un formato novedoso y apropiado a su objetivo de estudio (el de la puesta en escena teatral), permite una interpretación desprejuiciada pero no candorosa de las Fuerzas Armadas colombianas. El segundo es ofrecer una contribución metodológica importante en el campo de la Antropología de Estado en América Latina, al mostrar cómo el estudio de las narrativas permite presentar aspectos esenciales tanto para instituciones tan problemáticas como para la vida democrática, tal como lo son las Fuerzas Armadas, sin restarles su natural complejidad.

4

■

Referencias

1. Hobsbawm, Erick y Terence Ranger. 1983. *L'invenzione della tradizione*. Torino: Giulio Einaudi.
2. Gadamer, Hans Georg. 1986. *Verità e Metodo*. Milano: Bompiani.
3. Geertz, Clifford. 1998. *Interpretazione di culture*. Bologna: Il Mulino.
4. Goffman, Ervin. 2005. *La vita quotidiana come rappresentazione*. Bologna: IL Mulino.
5. Rosaldo, Renato. 2000. *Cultura y verdad, la reconstrucción del análisis social*. Quito: Ediciones Abya-Yala.